

parque de Jalapa. No os he contado aún cómo es la linda perfumista que ama y sueña, abanicada por los liquidámbaros. La neblina pasó ya por mi mano su jabón de coco para que escriba de Jalapa. Os hablaré de ella el jueves; y el domingo, desayuno en el Dique; almuerzo en el Molino.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## PUEBLA.

También la Catedral está de buen humor, y en las torres loquean las campanas. Adentro yo no sé lo que dirán los señores canónigos en el salón de los hermanos gobelinos; pero afuera, el repique vocea la buena y grata nueva, esparciendo alegría. Ya es la mañana del trabajo ó del paseo urbano; la mañana de la vida social, no la fresca del campo humedecida por el alba ni la caliente y modorra de la alcoba. El alto funcionario llama á su barbero; el empleado de poco sueldo y poca ropa, luciendo su lustroso traje negro—desmanchado la víspera—corre á la barbería. Esa señora, que ya dejó lavados y desvestidos á los chicos, entra á misa. Esos muchachos que hoy no van á la escuela, se dispersan, como canicas de una caja volcada en el jardín. El cura se desayuna. El yankee almuerza. Estudiante, enciende el puro. Cantinero, prepara muchos sandwiches. Diputado á la Legislatura, ya es hora de que proteste gobernante nuevo.

En la Compañía —¡cosa rara!—hay pocos devotos. Como repican tanto las campanas grandes, no se oye la voz temblorosa de las campanitas que llaman al divino sacrificio. Desbórdase la gente por las calles que están ahora con primor engalanadas. Cerró el comercio sus tiendas porque así lo quiso y no porque ninguno lo ordenara. Perdió un día de ventas, pero ganó un buen gobernador. Hay cortinas, hay flámulas, banderas, en todos los balcones. Los colores de Francia, los de España, los de

Alemania, los de Italia, los de Suiza, los de Bélgica, forman un espléndido cinturón á la ciudad. Las calles de Mercaderes, tan limpias, tan alegres y elegantes, parece que se abren paso con dificultad entre dos hileras de barcos empavesados. En la plaza, colgando de los árboles, faroles venecianos forman arcos de triunfo para que pase por debajo de ellos, con altivez y brillo de victoria, la mirada; ¡oh Augusta! ¡Oh Hermosura!

Casi es imposible penetrar en el salón de la ley. Los soldados están donde es su sitio, abajo, de guardianes. Arriba aguardan los representantes del pueblo en sala abovedada que semeja galería de templo egipcio. Llega el gobernador: tipo de militar, de veterano, pero no de viejo; varonil, pero no duro; valiente, pero no fanfarrón ni petulante. Su mirada es inteligente y recta; pasa sobre las cabezas como acero de general que da, á caballo, una señal de mando. Y no por eso es soberbia ni despótica: baja también y se detiene con cariño en el soldado raso, en el herido. Revela al jefe y al afectuoso camarada. Manda á tiempo.

El Presidente de la Legislatura, joven y distinguido, lee un discurso bien pensado y bien escrito. El gobernador contesta en otro de alma honrada y de forma serena. Lo pronuncia con voz clara, vibrante; pero á veces se emociona y su voz tiembla, como la mano del sacerdote ferviente al ir á tocar el ara santa. Esa palabra tiene buen corazón.

Después, protestan los insaculados, y la comitiva oficial dirígese á Palacio, hendiendo la compacta multitud. No es Palacio ese que tiene el Ejecutivo de Puebla. Es una gran vivienda. En el salón, decorado sin lujo, reciben los nuevos felicitaciones y oyen lo que dicen las esperanzas balbucientes. Noto sinceridad en aquellas, y trasluzco en éstas mucha fe en el porvenir. No tienen miedo; confían en el hombre que escogieron.

Luego se va al banquete y éste es el Colegio del Estado, edificio que honra á América, y también á sus fundadores los jesuitas. En el aula mayor, de tallada y solemne sillería; frente á lienzos descoloridos por el tiempo, que representan á obispos y á próceres benefactores de la institución; vacante la presidencia

porque ya el teólogo amarillo y de corva nariz no está en la cátedra, tendieron sobre mesa muy larga los manteles blancos. ¡Cómo contrasta la "pieza montada" esbelta y modernísima, con la madera, adusta y venerable, de la viada sillería! ¿Qué dirán las almas de doctores y maestros si por acaso viven ocultas en los tallados y vetustos asientos al oír los disparos del Champagne? Eso sí: brindis no oyeron. Muy cuerdamente los desterraron, como á poetas, como á perniciosos, quienes con tino y buen gusto dispusieron el festín.

Termina éste, y ciento cincuenta invitados se derraman conversando alegremente, por las amplias crujiás, por corredores y salones, ó salen á recorrer las calles vestidas de fiesta.

En la noche hay serenata. Sube el cohete vestido de máscara, con cerrado, estrecho dominó de luto, y cuando ya no podemos alcanzarle, quitase el antifaz, lanza un grito burlón, y para más mofarse de nosotros, el espléndido, el loco, el príncipe magnífico, sacude su escarcela y deja caer piedras preciosas, que no llegan á nuestras manos, ya tendidas y abiertas, porque se pierden juguetonas en el aire. Las estrellas, esas estrellas de Puebla que brillan tanto y que ven con tanto amor, miran enredarse en el cuello nubio de la Noche, sartas orientales de oro y de diamantes, de rubíes y de zafiros. ¡Y qué hermoso está el parque y cuán hermosas las que en él pasean! ¿Esas pupilas cayeron también de esas estrellas?

Poco á poco el silencio va cayendo y la sombra se va abandonando. Dijo bien el poeta: "Muy tristes, muy tristes son las músicas que se van." La Catedral se ha cubierto, de la cabeza á los pies, con su velo de Madre Superiora. Habla de cuando en cuando, mas con voz pausada, lenta, grave. Alza un *Oremus* ó gime el *Eheu fugaces*. Se ven luces dispersas: son las de las monjas vigilantes que rondan el silencioso dormitorio.

Volvamos al hotel. Allá espera la llama azul del ponche, que es la última que se apaga. Llevo un buen recuerdo más.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

---

## MORELIA.

---

No intento describir esta ciudad ni traer á cuento los innumerables recuerdos históricos que encierra. He titulado mi artículo "Morelia," porque pensando en ella, viendo con la imaginación sus fértiles campiñas, su paseo de San Pedro, su humbrosa y melancólica calzada, sus viejos templos de fábrica española, sus amenos jardines y sus ruinosos monasterios, he empezado á escribirlo. Me parece estar en la loma de Santa María, coronada por lo que llaman y llamó la piedad cristiana de nuestros padres, el Calvario; en ese pueblecito, todo lleno de flores que se me figura un Mixcoac subido en hombros de indios á la cúspide del cerro. Desde allí es encantador el aspecto de Morelia: habrá otras ciudades más bellas; pero no conozco ninguna más simpática. Vérla por la primera vez desde ese punto ó desde la Loma del Zapote, y desear bajar para mirarla más de cerca, para refugiarse en sus nidos blancos, todo es uno. Se ve larga, como acostada y dormida en suave colina. Las torres de su Catedral son muy esbeltas y pocos metros menos altas que las torres de las nuestras. Muchas otras torrecillas y cúpulas de capillas, empuñanse como asomadas á las espaciosas azoteas de las casas. No hay ningún río caudaloso en que Morelia pueda verse, porque no es coqueta ni presumida, sino humilde. Está acostada cuan larga es, á semejanza de una segadora rendida por el can-

sancio, y sólo las torres de su Catedral son las que se alzan sobre las puntas de los pies, las que no duermen, para cuidarla, velando el sueño en que reposa, para espiar y ver de lejos si se acerca algún peligro. En todo el espacio que separa á Morelia de Santa María, falta la inmensa sombra, la sombra luminosa, porque el héroe hasta á su sombra comunica luz, del gran Morelos. En la ciudad está Ocampo: aquí, planea Morelos.

Y por cierto—dicho sea al pasar—que ni Morelos ni Ocampo tienen todavía un monumento digno de su gloria en lo que fué Valladolid. Hay dos estatuas de Morelos en la ciudad. Una, la primitiva, ha mudado de sitios varias veces. Parece que los morelianos quieren despedirla y despacharla á México. Ha poco la dejaron cerca de la antigua garita por donde entraban las diligencias en aquel entonces. Ahora se viene á México por otro rumbo, y los morelianos, siempre corteses, la acompañaron hasta la plazoleta más próxima al paradero del ferrocarril. Allí se está. No es una estatua, es un muñeco puesto en el remate de una columna muy delgada y muy alta, como figura tallada en el puño de un bastón, extremadamente larga. Conocí á ese muñeco cuando tenía color de bronce: luego lo ví verde, ahora está blanco.

Otro Morelos hay en uno de los jardines de la plaza mayor; pero este Morelos es muy bajo de cuerpo, bastante gordo, y como tiene un papel en la mano izquierda y cierto aspecto de bondad candorosa, más bien parece un respetable miembro del Ayuntamiento leyendo su discurso de diez y seis de Septiembre.

El Ocampo que está en el centro del otro jardín, en uno de los costados de la Catedral, parece más buen hombre todavía que el cura de Tarácuaro. Está de frac, y así, frente al Palacio, tiene el aspecto de un diputado á la Legislatura y de estar aguardando á que se abran las puertas para entrar al baile. Su pantalón y su frac no hacen ni una arruga. Son de corte irreprochable. Por eso dice una muy inteligente amiga mía, que el autor de esta estatua erró la vocación: debió haber sido sastre.

Ahora, puesto que á la plaza hemos bajado, podemos discurrir

por la ciudad. La Catedral es hermosa: la rodea un buen enverjado de hierro; y el interior del templo, de orden dórico, está dividido en tres naves majestuosas. ¡Hubierais visto sus torres, como yo las ví, iluminadas por millares de candilejas, á guisa de festones luminosos enredados en ellas! En los costados de la Catedral hay dos jardines que bien quisiéramos en México, por frondosos, limpios y esmeradamente cultivados. También hubo en esos jardines, durante las noches de la fiesta, pintoresca iluminación veneciana; pero esta iluminación, dispuesta con el mayor arte, tenía un carácter que nos es muy familiar: el de todas las iluminaciones patrióticas. Globos verdes y blancos y encarnados, prendidos en las ramas de los árboles, á manera de frutos fabulosos de algún nuevo jardín de las Herpérides, formando arcos aquí, guirnaldas acullá, y en conjunto, una gran bandera tricolor.

En el centro de estos dos estandartes deslumbrantes, erguíanse las torres del templo, todas vestidas de luz, pero de luz uniforme, color de oro pálido. Diríase que todos los cirios de los altares, de los candiles y del coro, habían salido á las cornisas para ver la fiesta. No se miraban sus cuerpos blancos, como si estuvieran ellos enterrados en la piedra, y sólo sacaran afuera las curiosas é inquietas cabecitas. Tampoco á los ángeles que vemos en algunos lienzos se les mira el cuerpo. Y allí estaban, en las cornisas, en las horneras, en los calados, en los frisos, muy juntos, muy unidos, muy despiertos, hablándose con sus parpadeos que parecen cuchicheos, sonrisas maliciosas de la luz; moviendo sus cabecitas de fuego, como se mueven las cabezas de los niños, con los ojos muy abiertos y muy sueltos los finos rizos rubios, en las gradas de algún teatrillo de Guignol.

Esas travesuras de la luz me recordaron otras semejantes que ví en el bosque de San Pedro.

El bosque de San Pedro es el paseo más hermoso de Morelia. Por eso mismo son muy pocos los que van á él. Mi erudito amigo D. Juan de la Torre calcula que hay en él veintidós mil árboles. Para formarse, pues, aproximada idea de él, debe tenerse

en cuenta que los árboles de nuestra Alameda de México, en la actualidad, no llegan á dos mil. El bosque de San Pedro es majestuoso, imponente, hermosamente triste. Más que paseo, se me figura aquel un enorme monasterio de árboles. Tienen éstos, en ese sitio de meditación y de quietud, no sé qué aspecto cenobítico. Cuando el viento agita sus hojas, se escucha como colosal murmullo de oración, como un salmo cantado á media voz por sinnúmero de monjes en algún coro gigantesco, cuya sillería nos imaginamos que es de ébano. ¡Qué felices son los morelianos, puesto que tienen la soledad tan cerca de ellos! Todo en ese bosque es intrincado, enmarañado; y todo en él está inculto. He pasado allí las últimas horas de la tarde, y llegué á creer que la noche no bajaba á aquel sitio agreste, sino que salía de él, como una hamadriada sale de la hendidura encina para ir á la ciudad. Algunas de sus grandes calles, de sus grandes bóvedas, parecen túneles de hojas: en el fondo se ve un pequeño arco azul. . . . . es la luz que se va, y antes de irse se asoma para ver quién queda adentro del bosque.

Aquí y allá se encuentra una que otra banca de piedra, no hechas para rozar la falda leve de una muchacha enamorada, sino la burda estameña de algún hábito monacal. Instintivamente se busca el convento que ha de estar no lejos, y se espera el encuentro con algún fraile pensativo que pasee, breviario en mano y camándula al cinto. Cae la noche y obsérvase entonces el efecto de luz que recordé al contemplar las torres iluminadas de la Catedral: incontables luciérnagas culebrean, mariposean ó se fijan y mueren en la yerba. Nada más bonito que estos volantes *no me olvides*. En algunos trechos, parece el campo alfombrado con hojas de violeta que se transparentan iluminadas por abajo. Se diría que muchos duendes retozones, por pasatiempo, se ocupan en encender átomos de aire y en apagarlos, apenas encendidos. Otras veces están las luciérnagas paradas momentáneamente en las oscuras hojas, y tal creemos que nos ven las hojas. ¡Y tiene algo de beso esa mirada que dura! Hay mucha sombra: no se ve nada; pero vemos luciérnagas, es decir, vemos el aire.

Así me figuro el limbo de que hablan los místicos: ¡una atmósfera hecha de luciérnagas!

Saliendo del bosque de San Pedro, se entra á lo que llaman la calzada. Más de quinientos metros tiene esta calzada, que es una larga calle de fresnos. A ambos lados tiene hileras de bancos ó lunetas de piedras. Atrás de esas bancas y á poca distancia de ellas están las casas á donde van á veranear las familias acomodadas de Morelia.

Se respira con amplitud y fuerza en aquella frondosa nave. De cuando en cuando pasa el tranvía, y ese nos lleva, material y moralmente, á la ciudad. Menos nos habla de civilización y de cultura urbanas, la luz eléctrica con que alumbran la calzada, porque al cabo y al fin la luz eléctrica tiene mucho de fantástico. Los focos, suspendidos de los árboles, pueden hacernos creer que aquel lugar está alumbrado con las lunas viejas que envejecieron y fueron dadas de baja en el año.

En un extremo de la calzada está la plazuela de Villalongín: se llamaba antes "de las Animas," y lleva ahora el nombre dicho antes, en memoria de un hecho insigne. "Hubo un tiempo—dice el Sr. de la Torre—en que la iglesia de las Animas, después de cerrada al culto, se destinó á reclusión de señoras, y la esposa del insurgente Villalongín, perseguido por el gobierno español, fué encerrada en aquella, con la mira de obligar por este medio á su marido, á que depusiese las armas; el jefe Villalongín, lejos de desistir de sus patrióticos propósitos, acompañado de su asistente penetró un día á la ciudad, salvando los puestos militares, y extrajo de la reclusión á su esposa, con gran sorpresa de los guardias y de la población entera."

¡Cuántos otros serían capaces de ejecutar el propio acto de heroísmo, para dejar en reclusión á sus mujeres!

En esta plaza de Villalongín ó de las Animas, nos abocamos á la ciudad. Ya está allí la gran arteria de Morelia; se ven las luces de las tiendas, los escasos transeuntes; mas, sin medio de evitarlo, volvemos la vista atrás, buscando al monje que debe de acompañarnos. Allá, en el otro término de la calzada, está el

santuario de Guadalupe, y aunque cerca de él se ve el lindo jardín azteca, modernísimo, elegante, trazado y hecho durante el gobierno del Sr. Jiménez, no podemos sacudirnos la impresión monacal que llevamos encima. Por añadidura pasan al lado nuestro—voy con vd., lector—hombres envueltos en anchas capas y que, ó son sacerdotes, ó lo fueron, ó van á serlo.

Todo en Morelia, y á pesar de la estatura de Ocampo, es clerical. Y allí sin duda el clero fué muy rico y aún conserva restos de su opulencia. Lo dicen los treinta templos, entre templos propiamente dichos y capillas, que existen todavía, amén de los extinguidos; lo dicen las ruinas de esos conventos tan grandes como las del Carmen; y las suntuosas fábricas levantadas allí por jesuitas, ó por frailes. Lo que es ahora Escuela de Artes, y por cierto hermosísimo edificio, fué antaño colegio de jesuitas. Lo que es ahora Palacio de Gobierno, fué Seminario, y en él se educó Ocampo. Y para no intrincarnos ni hacer referencia á otros grandes conventos como el de San Francisco y muchos más, básteme citar las construcciones nuevas emprendidas recientemente por el clero: el soberbio Seminario y el Colegio de Guadalupe destinado á la enseñanza de las niñas.

Pero estas instituciones eclesiásticas, así como las civiles ú oficiales merecen capítulo aparte. El lector ha de estar cansado; y ¿cómo no, si yo, que me quiero más y me oigo más que él á mí, lo estoy también?

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

---



---

## EL MANZANILLO.

---

### I

Del Puerto del Manzanillo, y á la orilla del camino que va para Colima, se extiende en un espacio de diez leguas la laguna de Cuyutlán. El viajero que acaba de pasar los espléndidos bosques de cocoteros, de camichines y de chicos zapotes que bordean el camino, formando los palmares los más bellos mosaicos de sol y sombra, mientras los camichines gigantescos extienden una multitud de ramas verdes, y los chicos embriagan con el aroma de sus frutos; el viajero, decimos, que ha dejado atrás los preciosos pueblos de la costa, con sus casas de tejas, todas con sus portales y sus hamacas en ellos, en donde á la sombra duerme indolente el hombre de los países cálidos; y ha atravesado por fin el hermoso río de la Armería, que formando cascadas espumosas de plata va ya grueso y poderoso á perderse en el mar, y se atavía de sus más bellos colores, y de sus más bellos acentos para hundirse en el Océano, como la novia cubre su frente con el velo virginal y adorna sus encantos para arrojarse en los brazos de su prometido; ese viajero, siente después una tristeza invencible y profunda cuando llega al borde de la laguna, que se pasa en su parte más angosta, para tomar el otro lado del camino de que hemos hablado, y se extiende hasta el puerto entre el mar y la misma laguna. Antiguamente había un camino de tierra, á semejanza de los diques de nuestros lagos del Anáhuac, el cual servía para